
De la apelación antidemocrática al colonialismo como argumento impugnador de la “oligarquía”

Los hermanos Irazusta en la génesis del Revisionismo histórico argentino*

OLGA ECHEVERRÍA

Resumen

Este trabajo aborda el recorrido de los hermanos Irazusta desde que iniciaron su prédica antidemocrática a través de las páginas de *La Nueva República* hasta la publicación del libro *La Argentina y el imperialismo británico*. Se estudia aquí la evolución del pensamiento de estos jóvenes escritores, su acercamiento a la producción histórica y la paulatina conformación de una identidad de derecha que apelaba a la crítica a la oligarquía como elemento definitorio de su discurso y de su práctica tanto como instrumento para generar la adhesión de las mayorías.

Palabras clave

autoritarismo – historia – intelectuales – política

Abstract

This paper boards the working stroke of Irazusta brothers since they began their antidemocratic preachment throw the pages of *La Nueva República* until the publication of the book *La Argentina y el imperialismo británico*. It is studied the evolution of these young writers' thought, their approaching to historic production and the gradual conformation of a right identity wich appealed to the critic of the oligarchy as a decisive element of their practice and discourse and also like an instrument to generate the adhesion and submitting of the majorities.

Key words

authoritarianism – history – intellectuals – politics



Recibido con pedido de publicación el 11/03/2003

Aceptado para su publicación el 07/07/2003

Versión definitiva recibida el 27/02/2004

Olga Echeverría es Profesora de la Universidad del Centro de la PBA e investigadora del IEHS y de CONICET, Argentina – oecheve@infovia.com.ar

ECHEVERRÍA, Olga “De la apelación antidemocrática al colonialismo como argumento impugnador de la “oligarquía”: los hermanos Irazusta en la génesis del Revisionismo histórico argentino”, **prohistoria**, año VIII, número 8, Rosario, Argentina, primavera 2004, pp. 173-191.

* Agradezco los comentarios de la Profesora Susana Bianchi y los de los evaluadores anónimos de esta revista.

Apuesta política y desafío intelectual

Los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, nacidos en 1897 y 1899, miembros de una generación que vivía una experiencia transformada y transformadora y que se sentía atemorizada por un universo desconcertante y amenazador, comenzaron a mirar con ojos escrutadores su inserción social, política y cultural, en relación a las clases medias en ascenso, pero también con respecto a los que consideraban sus pares. Lo que esa observación les devolvía era un destino personal y social frustrado. Así, promovieron un rechazo profundo al orden democrático que se afincaba en resentimientos, decepciones y perplejidades.

La “histeria” generalizada que se había apoderado del mundo occidental tras la Gran Guerra y a partir de la emergencia de movimientos revolucionarios y protestas obreras¹ se expresaba en ellos de una manera radical, urgente, profundamente despectiva y excluyente. La irrupción de las clases medias en la vida política, social y cultural había cerrado —o así era percibido por estos jóvenes intelectuales— espacios de poder y privilegio que sus antecesores habían gozado sin impugnaciones ni afrentas. Así, junto a Ernesto Palacio, Juan E. Carulla, César Pico y Tomás Casares comenzaron a dar forma a una identidad política y cultural autoritaria, laxa, multiforme y no pocas veces contradictoria, que en diciembre de 1927 publicó el primer número de *La Nueva República*. Esta fue mucho más que una revista política de relativa circulación, fue uno de los primeros intentos de articular esa experiencia disconforme en una organización² que buscaba un espacio de inserción no sólo político sino también intelectual. Se proclamaban la juventud argentina que había sido “llamada” a superar los errores políticos de las generaciones pasadas y guiar la renovación estética-intelectual, política y social de la Argentina. Con vehemencia señalaban que las generaciones que habían dado una organización a la Argentina se habían mostrado incapaces de advertir que los elementos “no controlados” derivaban fatalmente en el caos. Por lo tanto, y sin mayor originalidad acusaban a los gobernantes liberales del surgimiento de ideologías contestatarias y prácticas disolventes en el seno de las clases subalternas. Del mismo modo cuestionaban la reforma electoral de 1912 generadora de una participación desmedida y descontrolada de las masas. Pero las críticas al liberalismo argentino (de hecho bastante más conservador que otras expresiones contemporáneas) no iban mucho más allá. En la publicación no se encuentran alocuciones a favor de un cambio de las instituciones o una invalidación completa de la Constitución. Por el contrario, insistían en la necesidad de volver a la vida republicana y consolidar el orden político y jurídico que establecía la Carta Magna. Las instituciones prescriptas allí gozaban, según decían, de una “rara solidez” sólo fragmentada por la irrupción del voto universal masculino. Sostenían

¹ HOBBSAWM, Eric “La política de la democracia”, en *La Era del Imperio*, Labor, Barcelona, 1987, pp. 85-86.

² La identificación generacional merece subrayarse ya que ellos mismos calificaron al periódico como un órgano generacional. Véase IRAZUSTA, Julio *Memorias, historia de un historiador a la fuerza*, Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires, 1975, p. 177.

que el Estado previo a la democratización política era un Estado sometido a derecho, que se comportaba conforme al principio de legalidad.³ Como puede advertirse, la democracia era presentada como una desnaturalización del régimen constitucional, una desviación impuesta por un sistema de “revancha y rencor”. Señalaban, asimismo, que igualdad y libertad sin restricciones eran elementos contrarios a toda organización social, ya que implicaban la desaparición de las jerarquías. La única representación que ofrecía verdadera legitimidad era aquella que reconocía la capacidad y “las diferencias establecida por la naturaleza en el organismo social”,⁴ que respetaba la superioridad de la posición y de la cultura.

Ciertamente, la democracia yrigoyenista, por la movilización que despertaba y el imaginario social que ayudaba a construir, fue perturbadora para la experiencia de estos escritores autoritarios. Se denigraba a Yrigoyen señalando su procedencia social, su falta de atributos culturales y de “virtudes espirituales” para desautorizar al régimen que él representaba. Pero, irritaba aun más que permitiera la inclusión de nuevos sectores sociales en los puestos burocráticos del Estado, en el ámbito educativo y en el campo intelectual.

Los argumentos críticos eran coincidentes con las de buena parte del arco político, ya que se denunciaba la impericia, la senilidad y se instalaba la certeza de que el segundo gobierno implicaría un recrudecimiento del clientelismo, la desorganización administrativa y el exacerbado personalismo del presidente. En esta etapa fundacional de una identidad autoritaria de derecha, el rechazo a la democracia de masas era determinante y elemento prácticamente único de articulación y definición identitaria. Ante la desproporción y la indignidad democrática reclamaban –y decían interpretar– una “reacción intelectual” que buscaba reordenar la cultura y llevar a la primacía del espíritu y la inteligencia. Expresaron así su rechazo hacia las manifestaciones estético-ideológicas de las corrientes liberales democráticas y de izquierda pues modelaban, según ellos entendían, una sociedad imperfecta, mediocre y vacilante. Es decir, que la retórica estética operaba como una verdad absoluta, ideologizada y defensiva que debía hacer frente a una cosmología fundada en lo instintivo y lo sentimental, que sustituía “los elementos reales de la belleza” por una “apoteosis de la improvisación y la incultura”.

Esta etapa de profundo elitismo y de escasas definiciones programáticas se vio coronada por el triunfo del golpe de Estado de 1930. Celebraron el triunfo de Uriburu y buscaron poner en evidencia la cercanía con el nuevo presidente⁵ presentándose como mentores de la revolución; señalaban, asimismo, que aquél sería el generador de la “transformación maravillosa” que necesitaba el “nuevo orden” para consolidarse.

³ IRAZUSTA, Rodolfo “La política”, en *La Nueva República*, 28/04/1928, p. 1.

⁴ IRAZUSTA, Rodolfo “República y Democracia”, en *La Nueva República*, 15/03/1928, p. 1.

⁵ “El general como se le dice en esta casa, donde tanto se le ama y respeta. El que hasta ayer fue nuestro amigo y consejero, gobierna desde el fuerte [...] ¡es de los nuestros!”, en *La Nueva República*, 13/09/1930, p. 1.

Sin embargo, y como muestra la correspondencia entre los hermanos Irazusta, la decepción fue temprana y contundente ante un régimen que no los incluía ni los tenía en cuenta. Decepción que se sustentaba en una desmedida valorización de sus fuerzas e ingeniería y en la constatación fehaciente de que el gobierno provisional tomaba un rumbo que ellos no imaginaban ni anhelaban. De tal modo, entendían que el cambio de gobierno no era más que una farsa. “Preparado y efectuado por los reaccionarios, es usufructuado por los liberales.”⁶ Asimismo, advertían falta de inteligencia por parte del gobierno, cuya obra se reducía al saneamiento de la administración y no había superado un aspecto de partido y de clase, siendo un “Gobierno de Jockey club, de conservatismo moderantista”.⁷

En 1931 Rodolfo Irazusta, en uno de los últimos intentos por influir en la política oficial, elevó al general Urriburu dos propuestas para la organización política del país, donde reconocía la importancia de las corporaciones.⁸ Proponía la ampliación del número de provincias a partir de la reestructuración de los territorios nacionales y la incorporación de la representación corporativa del ejército y la universidad. Sugería, además, la conveniencia de algún tipo de reforma electoral que suprimiese la obligatoriedad del voto, la lista incompleta y la reorganización, por circunscripciones, del padrón electoral.⁹ Reivindicaba a la ciudad como célula política y propugnaba que la Comisión que haría las veces de Consejo Municipal, estuviera formada por representantes de los distintos componentes de la colectividad con delegación de los distintos barrios de la ciudad, de los gremios de servicios públicos, de las empresas de servicios (a través de sus directores y gerentes), de las corporaciones de la ciudad: Círculo médico, Colegio de abogados, el decano de los Párrocos (“alguien tiene que velar por la moral pública, aunque no se le haga caso”), representantes de instituciones vinculadas a las obras públicas, del gobierno de la nación. Para la elección de los representantes urgía a estructurar de manera orgánica a las clases trabajadoras, ya que mediante ese mecanismo se alcanzaría una participación efectiva y vigilada. Aseveraba que las corporaciones habían sido siempre un reaseguro, una protección, para el individuo contra las arbitrariedades del orden político. Destruídas por el pensamiento de la modernidad, que había trastocado y subvertido los conceptos de autoridad, soberanía, representación y voluntad de decisión, debían reimplantarse si se pretendía volver a un orden jerárquico natural, fundado y sancionado por la civilización católica. El senado debía constituirse con dos representantes por cada provincia y por la municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, cinco tenientes generales, dos almirantes, un senador por cada distrito universitario, todos los arzobispos, el presidente de la Suprema Corte de

⁶ Carta de Rodolfo Irazusta a Julio Irazusta, 1 de octubre de 1930, en IRAZUSTA Julio *El pensamiento político nacionalista*, t. 2, Obligado Editora, Buenos Aires, 1975, p. 111.

⁷ Carta de Rodolfo Irazusta a Julio Irazusta, en IRAZUSTA Julio *El pensamiento...*, cit., p. 111.

⁸ IRAZUSTA, Rodolfo “Proyecto para la organización provisional del gobierno municipal”, 16/02/1931 y “Formación de los poderes de la República” en IRAZUSTA, Julio *El pensamiento...*, cit., pp. 148-151 y 152 a 165.

⁹ En IRAZUSTA, Julio *El pensamiento...*, cit., p. 149.

Justicia, el presidente del tribunal de cuentas, el director de navegación, el director de ferrocarriles, un representante por cada una de las academias existentes y futuras y los ex presidentes de la República.¹⁰ En el caso de la representación popular el índice debía buscarse no en el número de la población, sino en la estadística de la producción, atendiendo a la representación agraria y a la industrial. La proporción, sostenía, no importaba a los efectos del número de representantes, sino a la mayor o menor influencia en las decisiones.¹¹

Quizás como resultado del fracaso político y por la escasa atención prestada a los proyectos corporativos, empezaron, paulatinamente, a preocuparse por otras cuestiones y estrategias. Sus discursos pugnaban por mantener vivo el espíritu “auténtico” de la revolución y demostrar que el proyecto inicial seguía siendo “urgente y necesario”. Además del contenido de auto-reafirmación que esas alocuciones tenían, se pretendía también ganar posiciones en la lucha que sostenían con los políticos conservadores y en la que iban siendo sistemáticamente derrotados. De allí en más, su enfrentamiento con los políticos herederos del “régimen” se constituiría en pieza principal de su definición identitaria y de su propuesta programática.

De tal modo, dedicaron buena parte de sus esfuerzos para proyectarse a través del carácter republicano de su propuesta, utilizándolo como postulado de diferenciación e instrumento identitario. La utilidad del concepto quedaba claramente expresada en la frase de Alberdi que encabezaba cada edición: “Felizmente la República, tan fecunda en formas, reconoce muchos grados y se presta a todas las exigencias de la edad y el espacio. Saber acomodarla a nuestra edad es todo el arte de constituirse entre nosotros.” Ese saber acomodarse a las necesidades de la Argentina debía ser el impulso y el horizonte de la “Época de la reorganización nacional”, que había que iniciar desde y por el Estado. Así, resultaba evidente que los hermanos Irazusta buscaban la implantación de la república jerárquica y “aristocrática”, que superase la anarquía y el desorden. La frase de Alberdi no era citada solamente porque era funcional a los objetivos de instalación del grupo, sino porque representaba una tradición que, en algunos de sus elementos, estaban dispuestos a respetar y adaptar a su presente.

Entiendo que la recuperación de Alberdi provenía de compartir con éste la dimensión atribuida a la ley, en tanto ella interpretaba una concepción de obediencia consentida.¹² Pero, también ante los postulados de un liberalismo más extremo –y ante la imagen de Sarmiento– Alberdi ofrecía una trayectoria de defensa de una sociedad orgánica y de un catolicismo entendido como “resorte de orden social y como medio de organización política”.¹³ En ese sentido los Irazusta se encontraban compartiendo la certeza de que la reli-

¹⁰ En IRAZUSTA, Julio *El pensamiento...*, cit., p. 159.

¹¹ En IRAZUSTA, Julio *El pensamiento...*, cit., pp.160-161.

¹² Véase BOTANA, Natalio *La tradición Republicana*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984.

¹³ BOTANA, Natalio *La tradición...*, cit., pp. 299 y ss.



gión y la Iglesia atenuaban las pasiones, el individualismo y la descomposición social. Alberdi encarnaba una identidad conservadora que no negaba ni rechazaba las desigualdades económicas y sociales, es más, sostenía que éstas eran producto de un orden natural y divino. Asimismo, para el autor de las Bases, la libertad política era una cuestión de capacidades. Si esa libertad se generalizaba por medio del sufragio sólo lograba conformar una soberanía de hecho, inepta para intervenir como creadora de la soberanía de derecho prevista por la Constitución. En el mismo sentido, establecía una distinción entre libertad política y libertad civil donde los extranjeros, a pesar de su carácter regenerador de la sociedad, disfrutarían sólo de la última. Evidentemente esta postura significaba otro punto de encuentro entre estos escritores autoritarios y Alberdi, expresando así la tensa y ambigua relación de este grupo intelectual y político con las generaciones políticas e intelectuales del siglo XIX: dispuestos a superarlas (al menos desde la retórica) volvían una y otra vez, maravillados, al ejemplo y a la capacidad constructiva de aquéllos, descubriendo puntos de encuentro. Sin embargo, no se trataba de una reivindicación en conjunto sino que invocaban y rescataban aquellas expresiones conservadoras, asumiendo de ese modo un lugar en el debate entre las distintas tendencias liberales. Concebían que el liberalismo realmente existente en la Argentina expresaba una vía corrupta o desviada de un modelo original más sano y, por lo tanto, más efectivo para el desarrollo de una nación con pretensiones de grandeza. De allí, su apuesta a la reivindicación de postulados nacionalistas y su crítica a una élite política corrupta, “errónea” y hasta traidora a los intereses generales y a los postulados del movimiento de 1930. Esto se puede advertir con claridad en los números de *La Nueva República* posteriores a su ruptura con el uriburismo y sobre todo en el emblemático libro, editado en 1934, *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena, 1806-1933*.

Desde *La Nueva República* cuestionaron a los políticos “tradicionales” que se encontraban muy cercanos al presidente Uriburu, acusándolos de obstaculizar toda medida que superase la mera reforma cosmética. Es decir, les imputaban la desnaturalización del “mejor gobierno que ha conseguido el país” y el aislamiento y contradicción de los intereses auténticos del general Uriburu.¹⁴ En contraposición con el orden vigente sostenían la necesidad de instalar una dictadura para que reestructurase profundamente la administración, pero sobre todo el panorama político y socio económico, “desligada de toda tendencia banderiza”, reorganizando la representación popular, terminando con el denigrante pacto plutocrático y el atraso económico de la Argentina.¹⁵ Así, se presentaban como la contra-cara de la política vigente, desinteresados en lo personal, auténticos en sus pretensiones y sólo identificados con la causa de la nación. Eran ellos, afirmaban, los únicos dispuestos y capacitados “para trabajar por la salvación de la República, y alcanzar la

¹⁴ IRAZUSTA, Rodolfo “La política”, en *La Nueva República*, 08/11/1930, p. 1.

¹⁵ IRAZUSTA, Rodolfo Discurso brindado con motivo del tercer aniversario de *La Nueva República*, 11 de diciembre de 1930, en IRAZUSTA, Julio *El pensamiento...*, cit., p. 139.

unidad nacional”,¹⁶ combatiendo a una facción que pretendía usufructuar en exclusiva los ámbitos oficiales de la política, y mantenía una conflictiva relación con los sectores terratenientes y con la Iglesia, que eran constancia de orden. Esta caracterización evidencia una crisis de legitimidad, expresada sobre todo en términos de tensiones intra élite y mecanismos de recambio de las tradicionales clases dominantes de la Argentina.

Julio Irazusta alegaba que los políticos profesionales habían olvidado todo proyecto de progreso de la nación por estar sólo preocupados por acrecentar sus fortunas personales, conservar su espacio de dominio y actuaban únicamente para defender sus mezquinos intereses, atados a los del capital financiero extranjero. Los consideraba una clase política, una “oligarquía”, corrompida y viciada, al tiempo que subrayaba su incultura. Por oposición, ellos ofrecían su inteligencia como atributo para el gobierno.

Cuando rompieron públicamente con el uriburismo emitieron una declaración (editada en el primer número de *La Nueva República* convertida en diario¹⁷) donde se manifestaban portadores de la herencia del espíritu revolucionario de 1930 y buscaban definir claramente su posición “para desvanecer difundidos equívocos”.¹⁸ Sostenían que, como auténticos revolucionarios, eran ellos, y sólo ellos, quienes continuaban encarnando la respuesta a un estado de la opinión pública que en 1930 había buscado romper con un presente vergonzoso y construir un futuro de grandeza para la nación. Este último concepto, representaba la entidad superior que debía ser el motivo de todas las acciones políticas; su engrandecimiento era el único proyecto político viable y legítimo que, indefectiblemente, debía subordinar a los intereses particulares y sectoriales.

Sostenían, asimismo, que los propietarios de las tierras, que resumían el potencial económico del país, eran la única y verdadera clase de “conservación” genuina y probada que subsistía en Argentina. Esto no quiere decir que no pensarán en un proyecto de desarrollo industrial, sin embargo este aparecía claramente subordinado a la riqueza generada en los ámbitos terratenientes. Por lo tanto, decían sin ambages que el gobierno debía estar dado por las clases “campesinas”, en tanto la administración podía ser llevada adelante por sectores urbanos, industriales y comerciales.

Volviendo a la declaración de autonomía que publicaron el 5 de octubre de 1931, es sustancial recordar que allí afirmaban sentirse traicionados por un movimiento que había olvidado que la aspiración que había aglutinado al colectivo era la de independizar al Estado de las facciones que pretendían –y de hecho lograban– convertirlo simplemente en un mercado. Además, iniciaban con esa proclama un camino que profundizaron de allí en más, esto es la recuperación del concepto de representación popular –como instancia in-

¹⁶ IRAZUSTA, Rodolfo Discurso brindado con motivo del tercer aniversario de *La Nueva República*, 11/12/1930, cit., p. 139.

¹⁷ Probablemente, la publicación diaria de *La Nueva República* expresaba un intento de reubicación política que trataba de superar la crisis interna y política que les había significado el “uriburismo”.

¹⁸ En clara alusión a las críticas que desde el entorno gubernamental se les realizaba, acusándolos de haber abandonado la lucha contra el radicalismo.

dispensable de generación de consenso y obediencia— en la política nacional. Así, hablaban de una “autorizada representación popular”, instrumento legítimo del trabajo nacional, “no de los intereses bastardos del comité”.¹⁹ Pretendían una participación popular controlada, disciplinada y, en buena medida, orgánica. Es decir, en el pensamiento de los Irazusta post golpe de Estado, el “descubrimiento” del pueblo, la toma de conciencia de que la política no podía desarrollarse sin la participación de las masas²⁰ ganó relevancia. Aunque no deseadas, ni respetadas, las masas estaban allí y su presencia se había hecho sentir en las elecciones bonaerenses de abril de 1931 y, seguramente, lo seguiría haciendo en adelante. De tal modo, el temor al pueblo movilizado no los llevó como en el caso de otros autoritarios elitistas a pensar en la exclusión o eliminación de aquél como actor político, sino que consideraron que era necesaria su captación, alcanzar una participación dirigida. En este sentido, los Irazusta representaban, casi exclusivamente dentro de los sectores autoritarios, la toma de conciencia de cuánto se había modificado el sistema político y de la crisis de legitimidad de las viejas formas de dominio. Recorriendo un camino análogo al que habían transitado los defensores del orden tras las revoluciones europeas de 1848,²¹ esta experiencia autoritaria tuvo que aprender la política del pueblo. Ante la dinámica y forma que había tomado el proceso político de la Argentina resignaron su carácter “orgullosamente minoritario” para tratar de aproximarse a las masas que habían invadido las sociedades y la política contemporánea. Pero, este “encuentro” con el pueblo estaba muy lejos de ser simétrico, las mayorías eran pensadas como un instrumento de fuerza a la hora de las luchas entre la élite política.

Su ideal de gobierno, la República (sólo definida en términos de cosa pública), debía estar guiada por un principio más espiritual que el número, la capacidad y la representación de la solvencia, y en el orden social debían respetarse las diferencias establecidas por la naturaleza, el respeto por las superioridades de la posición y de la cultura.²² Es decir, si admitían que la incorporación de las masas a la política era irrevocable esto no implicaba una equiparación de clases, sino que pretendían instalar un gobierno calificado que contara con el consenso, al tiempo que con la sumisión, de las mayorías sociales. Un gobierno superior en capacidad que integrara al pueblo dentro de un orden jerarquizado y diferenciado.

Insistían en afirmar que las mayorías nacionales rechazaban las prácticas políticas y los objetivos e intereses de los políticos conservadores, por lo tanto se declaraban dispues-

¹⁹ “Declaración”, en *La Nueva República*, 05/10/1931, p. 1.

²⁰ Aseveración surgida, probablemente, no sólo de la realidad nacional y del vínculo cierto de las masas con los líderes populares del radicalismo, sino también de la constatación, que podían realizar por entonces, de los éxitos obtenidos por gobiernos fuertes que apelaban a la movilización de las masas y se habían instalado o se estaban desarrollando en Europa.

²¹ Al respecto puede verse HOBBSAWM, Eric *La Era del capitalismo (1848-1875)*, Labor, Barcelona, 1989, en particular el capítulo “La primavera de los pueblos”.

²² SEGOVIA, Juan Fernando *Julio Irazusta. Conservatismo y Nacionalismo*, EDUM, Mendoza, 1992, p. 135.

tos a encauzar ese descontento a favor de un proyecto nacional que, obviamente, ellos pretendían dirigir. En esa campaña redoblaron sus esfuerzos por señalar la defraudación propia, pero también de la sociedad en su conjunto, producida por un gobierno que retomó el “más desenfadado electoralismo” sin aplicar ningún tipo de reforma política; por la reinstalación en el Estado de una élite política (sin representación real de clase, extraña a los intereses de esa entelequia superior que era –o debía ser– la nación y absolutamente alejada de la élite del saber) deshonesta, extraviada y mezquinamente materialista; y finalmente por el fracaso de un ideal que había querido romper con la estructuración económica dependiente del capital extranjero. Se anunciaban así, como los representantes “nacionalistas” de una política de engrandecimiento y de purificación política que no se detenía en la defensa de intereses sectoriales sino que buscaba el bienestar general de la nación. La revolución, consecuentemente, estaba por hacerse, una “revolución verdadera”, decididamente opuesta a los designios y formas políticas de los “regiminosos”.

Durante todo el período en que *La Nueva República* se publicó diariamente los ataques a esa “oligarquía conservadora” se volvieron sistemáticos, tanto como las críticas a los vínculos que ella establecía con el colonialismo británico, perjudiciales para “los intereses públicos”. En este sentido, aparecía nuevamente la idea de que el liberalismo argentino expresaba una vía desviada, antinacional, que no había podido o querido realizar el “ideal del liberalismo con la debida compostura”. El liberalismo argentino revelaba “no sólo la absoluta falta de experiencia en el dominio de la práctica, sino también la más completa ignorancia de las doctrinas a que cada uno cree obedecer.”²³

Defraudados, pero no vencidos, como vanguardia de la juventud argentina, exacerbaban el carácter generacional de su propuesta –en tanto representaban un ideario diferente y valores más puros– que la caduca, desprestigiada y perversa generación de los viejos conservadores.²⁴ De tal modo, sólo ellos podían simbolizar “la esperanza de la patria” y sólo de ellos se podía aguardar algo. En ellos debía ser depositada, exclusivamente, la confianza. En este proceso refundacional, los hermanos Irazusta anunciaron la necesidad de recuperar ciertas tradiciones que simbolizaba la Unión Cívica Radical. Esto se debía a que entendían que no había solución nacional posible sin el ejército y sin el radicalismo, las “únicas fuerzas nacionales”. De la conjunción de ambas instituciones debía emerger la “unión y la paz que necesita el país para defenderse de los murciélagos que le chupan la sangre, de los cuervos que esperan su descomposición.”²⁵ En consecuencia, la rehabilitación del radicalismo era una respuesta “necesaria y patriótica”, porque su ausencia de la arena política haría derivar el descontento político hacia la alianza demócrata-socialista

²³ IRAZUSTA, Rodolfo “Notas políticas”, en *La Nueva República*, 13/10/1931, p. 1.

²⁴ Véase, por ejemplo CASTILLO, Héctor [seudónimo de Ernesto Palacio] “La culpa la tiene el país”, en *La Nueva República*, 15/10/1931, p. 2. Allí cuestiona la incapacidad y la falta de autocrítica de los conservadores, a los que denomina “los viejitos”.

²⁵ IRAZUSTA, Rodolfo “Notas políticas: imposibilidad de un gobierno conservador”, en *La Nueva República*, 14/10/1931, p. 1.

que llevaba como candidatos a Lisandro de la Torre y Nicolás Repetto. Ante el desprecio que, según estimaban, sentían las mayorías hacia esa “oligarquía” conservadora, traidora y antinacional, y la ausencia electoral del radicalismo, concurrían muchas posibilidades de desplazamiento de contingentes electorales hacia esa alternativa marxista moderada.

No obstante esa calidad de reaseguro electoral que advertían en ciertos sectores de la UCR, la regeneración de algunos fundamentos del radicalismo no se limitaba a aprovechar sus ventajas frente a un mal peor, sino que expresaba una experiencia histórica que merecía atenderse ya que a pesar de su impronta nacionalista, su respeto por la religión y la institución eclesiástica y su escasa propensión a modificar la estructura de clases, había logrado convocar a las mayorías y retenerlas bajo el dominio de un caudillo. Era, por lo tanto, un espejo que podía utilizarse para lograr atraer a las masas al proyecto político que ellos sustentaban. Así, señalaban que ante la claudicación del liberalismo argentino, que había “abdicado” su potestad soberana a cambio de ferrocarriles y bancos, el radicalismo yrigoyenista, había tenido una mirada amplia que atendía a las necesidades nacionales, pero también un carácter más federal y una política de unión nacional “porque proviene la concordancia popular, del acuerdo de los caudillos provinciales.”²⁶ Pero es interesante, además observar la terminología, que usaron para referirse a Yrigoyen, poco antes denostado, vilipendiado e impugnado política y moralmente, al poco andar recibía comentarios más halagadores: “su último caudillo, el señor Irigoyen, tuvo el miraje de una gran política internacional y el espíritu conciliador y populista.”²⁷

Subrayando su adscripción a un proyecto federal, los hermanos Irazusta se sumaban a un debate que se venía desarrollando desde un tiempo atrás en la Argentina, y que apuntaba a señalar la centralidad –y legitimidad– del federalismo en la historia del país. Particularmente, desde el ámbito político se habían elevado algunas voces para contradecir la historia oficial que sumergía a esa tendencia en la oscuridad de la barbarie.²⁸ Todo este movimiento de repulsa a la versión oficial de la historia, acompañada por un debate surgido ante la posibilidad de repatriación de los restos de Rosas, se venía consolidando como un sustrato de inestabilidad de la ya agitada vida política argentina. Los Irazusta, como siempre proclives a soluciones políticas antes que ideológicas, pretendieron encauzar esta cuestión en propuestas concretas. Así, solicitaban, a través de las mociones de Rodolfo Irazusta, la constitución de una red de provincias, “verdaderamente autónomas”, con su-

²⁶ IRAZUSTA, Rodolfo “La filiación histórica”, en *La Nueva República*, 29/10/1931, p. 2.

²⁷ IRAZUSTA, Rodolfo “La filiación histórica”, cit., p. 2.

²⁸ Además de los trabajos señeros de Saldías, Ernesto Quesada, David Peña y Juan Álvarez que habían propuesto la revisión de algunos aspectos de la historia argentina, en particular la consideración del lugar de los caudillos en ese complejo proceso, se pueden mencionar los casos del senador radical Caballero quien afirmaba que los supuestos caudillos “bárbaros” no habían sido tales, sino que representaban al espíritu de la “vieja patria”, o las clases con la reconsideración del rosismo –luego convertidas en libro– de Carlos Ibarguren. Al respecto puede verse el trabajo de SVAMPA, Maristella *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, El Cielo por Asalto-Imago Mundi, Buenos Aires, 1994, pp. 172 y ss.

fragio censitario, sin superposiciones y sostenedoras de la educación y otras cargas públicas. Reivindicaban, en todos los casos, la autonomía municipal ya que entendían que la desaparición de la democracia, tal como se había desarrollado en la Argentina, permitiría el perfeccionamiento espontáneo de la vida municipal y la buena administración de las comunas.²⁹ En este sentido es interesante señalar cómo esta derecha “republicana” se presentaba como heredera de una tradición federalista, a la que indicaban prácticamente inmutable, sin explicitar las transformaciones que el concepto había sufrido a largo de la historia argentina.³⁰ Sin embargo, esta vuelta era bastante moderada ya que reconocía la tradición y un importante peso político para las antiguas provincias, pero limitado profundamente para las provincias que sugerían crear sobre la base de los territorios nacionales.

El federalismo resultaba —y una vez más se encuentran puntos de contacto con el pensamiento alberdiano— de una imposición de la realidad y consistía en una solución híbrida, y hasta ecléctica, que debía servir de andamiaje a la república ideal. Pero, por sobre todas las cosas entiendo que para esta naciente derecha era un instrumento valioso, eficaz y directo de ataque a su principal adversario, la “oligarquía”. Es decir, apuntaban al centro de la legitimidad y de la labor histórica de la élite dirigente para de esta manera socavar las bases de su dominio, ya que sin duda la constitución de un Estado con pretensiones hegemónicas por sobre los particularismos políticos había sido presentado por los filósofos y políticos de las generaciones organizadoras —y llevado como estandarte de legitimidad por sus herederos— como el gran triunfo de la civilización sobre la barbarie y, por ende, como su mejor obra para el progreso de la nación.³¹ Más que una reivindicación de auténtico federalismo (pues como queda expresado los proyectos implicaban un federalismo restringido, muy “alberdiano”) se trataba de socavar los fundamentos del poder de la elite dirigente, aprovechando el descontento que la “oligarquía” había despertado en buena parte de la sociedad a raíz de su despreocupación y desprecio hacia las problemáticas de las masas populares y presentarse como merecedora del prestigio y de la arrogancia de gobierno, al tiempo que rechazaba las tradiciones vernáculas. Pretendían, entonces, beneficiarse de la conciencia de rechazo que sentían las mayorías hacía esa “oligarquía restaurada” apostando a una reconsideración del pasado y respondiendo a un anhelo de

²⁹ IRAZUSTA, Rodolfo *La Nueva República*, 07/03/1931, p. 1.

³⁰ Es decir, minimizaban el carácter dinámico del federalismo que presentaba una fuerte capacidad de transformación y de adecuación al desenvolvimiento de las regiones y del país, visible entre las dos esferas. De allí, según dice Carmagnani, que la dimensión institucional no pueda ser la única capaz de permitir la comprensión de las diferencias y similitudes de cada experiencia federal. Es necesario, por lo tanto, tratar de establecer una correlación entre la dimensión institucional y la política y entre ésta última y lo social. El federalismo expresa toda la complejidad de una cultura política. CARMAGNANI, Marcello *Federalismos latinoamericanos, México/ Brasil/ Argentina*, FCE, México, 1993, pp. 9 y 10.

³¹ Sobre estas cuestiones sugiero remitirse al libro de SVAMPA, Maristella: *El dilema argentino...*, cit., y al libro de QUATTROCCHI, Diana *Los males de la memoria*, Emecé, Buenos Aires, 1995.

“protección” como el que habían brindado los caudillos a sus antepasados.³² En esta comprensión de una realidad y de los cuestionamientos que ella despertaba es que, entiendo, debe pensarse el uso que los hermanos Irazusta pretendían hacer del ideal federal. Pragmáticos, y dirigiéndose forzosamente hacia la historia, buscaban deslegitimar el poder de la clase política dirigente, apelando a todos los frentes y aliados circunstanciales que fueran posibles.

La historia como instrumento antioligárquico

Ya en 1934, con una reconsideración histórica lo suficientemente explícita y con el impacto causado por el tratado Roca-Runciman, los hermanos Irazusta publicaron *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena, 1806-1933*, donde con una escritura ágil cuestionaron dicho convenio (a través de varios capítulos escritos por Julio Irazusta) y realizaron una historia crítica de la “oligarquía” argentina (producto de Rodolfo Irazusta). Este trabajo, tiene el mérito de ser una de las primeras reflexiones en torno al tema que asumió la forma de un libro, es decir de un producto cultural prestigioso, aunque, en principio, no hace más que retomar una serie de objeciones y cuestionamientos que se encontraban extendidos en el campo político argentino a partir de la firma de un pacto vergonzante y sólo beneficioso para los británicos y la élite dirigente vinculada a los capitales del Reino Unido. Sin embargo, también es una profundización del pensamiento político y económico que los hermanos Irazusta venían ensayando desde su replanteamiento político posterior a la ruptura con el uriburismo. Lo cierto es que la firma del convenio Roca-Runciman abrió las perspectivas de un auditorio más amplio que se sentía muy disconforme con un tratado que, como han señalado Di Tella y Zymelmann, sacrificó a toda la economía argentina con el único fin de mantener el status de la clase dirigente, firmado con concesiones tan excepcionalmente privilegiadas, que hasta la misma opinión británica se mostró sorprendida.³³

El espíritu del convenio, las negociaciones diplomáticas encabezadas por el vicepresidente de la nación y los puntos del compromiso habían generado una campaña de censura y reprobación muy fuerte que se manifestó en una serie de intervenciones políticas en la prensa,³⁴ en el Congreso y en las publicaciones partidarias, que comenzaban a elaborar

³² Sobre este paulatino desprestigio de la “oligarquía” y la reconsideración popular del pasado puede leerse el libro de ROMERO, José Luis *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, FCE, México, 1965.

³³ DI TELLA, Guido y ZYMELMANN, Miguel *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Paidós, Buenos Aires, 1973, p. 110.

³⁴ La “gran prensa” argentina avaló, en todo este período, el carácter agro-exportador de la economía argentina y, por lo tanto, defendió la necesidad de sostener los vínculos anglo-argentinos tal como hasta entonces se habían desarrollado. Sin embargo, y más allá de las líneas editoriales, los debates y cuestionamientos que el tratado había producido se reflejaron en sus páginas. Para un análisis más detallado puede verse: RUIZ JIMÉNEZ, Laura “El debate económico en la prensa argentina durante la gran depresión: detractores y nostálgicos del libre comercio”, en *Anuario IEHS*, núm. 15, Tandil, 2000.

discursos antiimperialistas o nacionalistas, según de la vereda ideológica desde la que se emitían. Ciertamente, los hermanos Irazusta reconocieron en su libro que compartían buena parte de las opiniones emitidas sobre la cuestión, incluso las del socialista Repetto y del demócrata progresista Lisandro de la Torre, a quienes tanto habían cuestionado cuando eran candidatos en 1931.

Con respecto a la postura de Repetto, compartían la denuncia precisa de los peligros del control del comercio de las carnes por parte de Gran Bretaña y la violación que el tratado implicaba a las leyes vigentes sobre monopolios, pero sobre todo reivindicaban la perspectiva general de análisis del dirigente socialista que entendían como una clara expresión de realismo político, de buen sentido y de patriotismo. Asimismo, reconocieron el trabajo pormenorizado que se había tomado de la Torre para pulverizar el pacto anglo-argentino y la exactitud de sus argumentos para señalar el retroceso de la posición argentina y las concesiones otorgadas que implicaban la entrega de la soberanía nacional.³⁵ Aunque no dejaban de deslizar algún comentario crítico, ante todo sorprendidos por las inesperadas coincidencias, lo más significativo de esta confluencia, fueron, según entiendo, las consideraciones que realizaron los Irazusta sobre el campo político argentino. Se advierte que consideraban que existía un mundo oficial de la política, que lejos de representar intereses generales o respetar postulados ideológicos, sólo pretendía perpetuarse en el poder para defensa de sus intereses exclusivos y egoístas, al tiempo que distinguían otra dimensión de la política que integraban todos los excluidos del juego oficial y que, al menos en ciertas circunstancias, permitía desdibujar las diferencias para hacerle frente a una oligarquía restaurada y ensoberbecida que les cerraba todos los caminos de posibles de entrada al ejercicio del poder. Esta perspectiva implicaba presentar a los enemigos políticos e ideológicos como honrados e íntegros —aunque incorrectos, equivocados y combatibles en el plano de los proyectos— frente a una clase política desvinculada socialmente, desprestigiada e indigna.

El cuestionamiento parlamentario que realizó de la Torre y el libro de los Irazusta se constituyeron en piezas fundacionales de un nuevo pensamiento argentino en relación a las potencias capitalistas. Pensamiento que se ramificaría en diversas tendencias, pero que, más allá de las diferencias ideológicas, siempre reconoció el papel señero de Lisandro de la Torre y de los otrora editores de *La Nueva República*.

Lo notable en este caso fue que el pensamiento de dos intelectuales, los hermanos Irazusta, marginales a los ámbitos políticos más prestigiosos, convertido en libro se constituyera en un hecho político de gran significación pero que no fuera, o no pudiera ser, usufructuado en el plano político concreto por sus propios autores. *La Argentina y el Imperialismo Británico*, consolidó el prestigio intelectual y el carácter denunciante de los hermanos Irazusta, pero no les asignó un lugar político como el que seguramente anhela-

³⁵ IRAZUSTA, Julio e IRAZUSTA, Rodolfo *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena, 1806-1933*, Editorial Independencia, Buenos Aires, 1982, pp. 117 a 120. [1° Ed. 1934] En adelante, las páginas de la cita de esta obra se consignan entre paréntesis en el cuerpo del texto.

ban. Por el contrario, representó el inicio de un camino forzado hacia las reflexiones intelectuales, e históricas en particular, como la única alternativa posible de participar del debate político.

Ahora bien, ¿qué postulados y enunciaciones del libro merecen ser rescatadas en este análisis? Como he dicho anteriormente, este texto fue una versión ampliada de algunos de los textos finales de Rodolfo Irazusta para *La Nueva República*. Pero que, ante los hechos consumados, incorporaba un cuestionamiento al tratado Roca-Runciman y por ende a la situación de dependencia “muy poco propicia” para la defensa de los intereses nacionales, apuntando a algunas cuestiones concretas que dicho pacto entrañaba, como por ejemplo la necesidad de defensa que requería el comercio exterior argentino, golpeado por el proteccionismo internacional, pero sobre todo por las necesidades del imperialismo británico. Así, elevaban su crítica hacia los causantes de una situación tan desventajosa, su ya explícita enemiga: la “oligarquía”. Consideraban que ésta sólo había asumido la representación del país en “su aspecto de mercado”, convirtiéndose en una “corporación” de intereses económicos, en un “consorcio de comercio mixto o sindicato internacional” (p. 22) que no tenía ninguna intención, ya que no era beneficiosa para sus intereses, de tomar la única medida que podía salvar a la economía: implementar un modelo proteccionista, es decir, un “nacionalismo económico”. Proponían el monopolio estatal, o una fórmula atenuada de régimen mixto de capital oficial y de capitales privados nacionales, como exclusivo recorrido para que el país pudiera controlar verdaderamente su economía, poner en marcha un proceso de desarrollo industrial y fomentar el consumo interno, es decir: “acelerar el movimiento natural contrario a los capitales británicos invertidos en el país.” (p. 27)

Sostenían que con la firma del tratado se había puesto en evidencia la incapacidad de la elite, incluso en lo que se suponía que era su mayor competencia, esto es en la diplomacia. De manera muy categórica había mostrado en ese plano su debilidad, inmoralidad y fracaso. Se trataba de una dirigencia de “mano torpe” que no había hecho sino ahondar el abismo entre la plebe y las jerarquías superiores, pero sin haberse asegurado la permanencia legítima en el poder. En este sentido aludían a la reforma electoral de 1912 entendiéndola como un paso equivocado de una élite de poder que no supo prever el rumbo que tomarían sus medidas más trascendentes. (p. 31) Es más, entendían que ya desplazados del poder, en el período que va de 1916 a 1930, se comportaron de acuerdo a la “falsa posición” en que los colocaba la “absurda elección” del gobierno. Manifestaban que la “oligarquía” no era más que una élite débil que ni en los momentos menos favorables había tenido la fortaleza de ocupar la posición, la jerarquía que le era propia. (p. 32) Sus propias miras, limitadas, de cálculo estrecho, eran finalmente los verdugos de su legitimidad. Por esa lógica de funcionamiento, afianzada históricamente, en los años 1930s. la clase dirigente no se comportaba como representante de un Estado soberano, sino como una “facción partidaria” de la dominación imperial: procedía, entonces, como una facción colonialista que gobernaba en un país internacionalizado. (pp. 38 a 42)

El libro, con su crítica a la “oligarquía”, no ofrecía demasiados puntos novedosos con respecto a los escritos inmediatamente anteriores de los hermanos Irazusta. Es más, siguieron comprometiéndose con su particular y ambigua visión del liberalismo. En *La Argentina y el imperialismo británico* cuestionaban a los representantes argentinos de no haber utilizado los instrumentos que les brindaba la tradición liberal, haciendo valer las garantías y privilegios que los fundadores del Régimen habían dado oportunamente, “esa legislación, la más liberal del mundo [...] debió servir de carta de nuestro juego diplomático.” (p. 74)

Así, a lo largo del análisis que realizaron del pacto anglo-argentino se esforzaron en poner en evidencia, más que las condiciones negativas del mismo, las antinacionales maniobras de los negociadores argentinos. Roca y sus colaboradores realizaron “increíbles confesiones” de dependencia política y económica que no tenían otro objetivo que remarcar la total supremacía de los intereses británicos. Los diplomáticos argentinos esgrimieron una frase: “La Argentina es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperialismo Británico”, que se convirtió para los Irazusta en el símbolo más evidente y palmario de la conducta de la “oligarquía” argentina. Ese enunciado demostraba el carácter de entrega de los políticos conservadores argentinos, el temperamento “antediluviano” de la dependencia del país, que implicaba caminar en sentido contrario a la historia, ya que no sólo postergaba la evolución hacia una economía compleja, sino que en sí misma, siempre a criterio de los autores del libro, era perniciosa, incluso para sus propios intereses futuros.

Todo el libro constituyó un alegato político, un cuestionamiento profundo a los gobernantes del país, que se asentaba en una perspectiva económica para evidenciar el carácter antinacional del régimen argentino. Sin embargo, no puede desconocerse que la mirada era esencialmente política, una controversia con la forma de ejercicio del poder que ostentaba esa élite desprestigiada, una élite que no sabía más que “derogar el liberalismo profesado”. (p. 86) Se consideraban liberales, decían los Irazusta de sus enemigos, pero sus intereses particulares no les permitían aceptar las transformaciones que el liberalismo internacional iba asumiendo. Así, y con una evidente conciencia histórica, denunciaban que en un mundo donde las potencias hegemónicas –y supuestos modelos a seguir– se volvían paulatinamente proteccionistas, los representantes de la Argentina profesaban una fe librecambista absolutamente superada en el resto del mundo capitalista. (pp. 93-96) El gobierno, decían, “parece dispuesto a hacer que el país [...] sucumba como mártir del libre comercio, convertido de sistema económico en ídolo religioso.” (p. 99)

En la tercera parte del libro, “Historia de la Oligarquía Argentina”, pretendían mostrar que sus objeciones al desempeño de esa clase política no eran de principios, ni mucho menos de oposición al régimen en sí mismo, sino a la particular configuración histórica de la élite política del país, pues así como ésta era perniciosa, otras “oligarquías” habían sido “benéficas” haciendo posible la grandeza de sus Estados. (p. 138) En el caso que los ocupaba, y preocupaba, entendían que la clase política conservadora se había comportado no como clase dirigente del país, sino como un “grupo de cómplices” que habían olvidado



asegurar la “libertad política de la nación”, es decir que no articulaban ninguna voluntad patriótica y sólo representaban el “error”, el “crimen”, y la “traición”, emergentes todos de su propia conformación, sus perspectivas e intereses. (p. 174) Pero, además, insistían en señalar que los políticos argentinos habían abandonado toda conducta de prestigio, socavando la gran manifestación de “heroísmo nacional” que históricamente había ocupado el desarrollo cultural de sus dirigentes. (p. 197) Los escritores, los maestros que la oligarquía indicó como sus intelectuales eran, según Rodolfo Irazusta, de muy escasa jerarquía especulativa y de mentalidad opuesta al espíritu nacional. Escépticos, soberbios e incultos nunca lograban comprender la condición artificial de su dominación. (p. 201) Ignorancia en la que no sólo persistían sino que constantemente se acrecentaba por una especie de “síndrome de anacronismo” que afectaba a los gobernantes, fundamentalmente a partir de la restauración de 1930, convirtiendo en vicio las virtudes del sistema “la fidelidad al ejemplo de los mayores que con una historia diferente de la que tiene la oligarquía argentina, sería útil a días de honra, se vuelve catastrófica.” (p. 204)

Como resulta evidente, la reformulación política que la derecha autodenominada republicana realizó después del golpe de Estado de 1930 otorgaba una centralidad explicativa a la historia. Atribuyéndose una ruptura que en rigor habían iniciado otros bastante tiempo atrás,³⁶ asumieron una posición mucho más importante que la que habían ocupado hasta el momento.³⁷ Se trataba, entiendo, de una aproximación particular a la lucha política y a la contienda intelectual de estos escritores, aun jóvenes, que acusaban de forma explícita su frustración por el rumbo tomado por el gobierno que habían ayudado a instalar. “Cuando no pudimos derrocar a la oligarquía, nos dedicamos a estudiar nuestra historia para exponer su podredumbre.”³⁸ El acercamiento a la historia era resultado de la frustración política pero, sobre todo, era el instrumento que consideraban más apropiado para evidenciar la ilegitimidad de su principal enemigo: la “oligarquía”. Con la misma lógica, y la misma necesidad, también recurrieron a la ciencia política, especialmente Julio Irazusta, quien en esos escritos políticos evidenciaba su concepción de la política, que implicaba un acercamiento desde el pensamiento, una actividad del espíritu que necesariamente debía expresarse en práctica, en obras. El político debía ser un hacedor, e Irazusta sostuvo repetidamente su rechazo a los ideólogos puros ya que entendía que la ideología era “el disfraz

³⁶ En un trabajo anterior he analizado comparativamente el pensamiento de los intelectuales autoritarios de los años 1930s. y de autores como Saldías, Quesada, etc. poniendo en evidencia que los incipientes revisionistas retomaban muchos de los postulados de aquéllos. Puede verse ECHEVERRÍA, Olga “Volver a Rosas: los intelectuales autoritarios y la compleja herencia positivista en la rehabilitación histórica del rosismo”, en *Anuario del IEHS*, núm. 12, Tandil, 1997.

³⁷ Recomiendo ver SVAMPA Maristella *El dilema argentino...*, cit.; QUATTROCCHI, Diana *Los males de...*, cit.; HALPERIN DONGHI, Tulio *El revisionismo histórico argentino, Siglo XXI*, Buenos Aires, 1970 y “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, en *Ensayos de historiografía*, El Cielo por Asalto-Imago Mundi, Buenos Aires, 1996.

³⁸ IRAZUSTA, Rodolfo 1961, reproducido por SVAMPA Maristella *El dilema argentino...*, cit., p. 171.

de la pereza mental, del prejuicio o del juicio recibido, de la comodidad para encarar espinosos problemas sin estudiarlos en su pormenor.”³⁹

Esto lo llevó a preocuparse por las formas de gobierno y arribar al convencimiento de que estas debían ser resultado de un análisis detallado y preciso de las circunstancias específicas de cada nación. Irazusta pensaba que la historia demostraba que no todos los pueblos estaban capacitados para el autogobierno, por lo tanto, la democracia no podía ser pensada como una solución política de validez universal. Sí se mostraba satisfecho con las experiencias políticas que habían apostado a un gobierno unipersonal, asesorado por una minoría intelectual, y que habían contado con el consenso de la población. Sus reflexiones teóricas lo llevaban a reivindicar lo mismo que había realizado en un plano más estrictamente político y militante, esto es la pretensión de un gobierno dirigido por una minoría selecta legitimada por el consentimiento popular y cuyos objetivos, decía, debían ser coincidentes con los del interés general.

Con estos interrogantes y expectativas, Julio Irazusta salió a buscar enseñanzas en cuanto a modos de gobierno a través del estudio de la historia. La historiografía se volvió el instrumento primario de su acción política e implicaba una conjunción de sus mayores preocupaciones intelectuales. En pos de ello, la reconsideración de Rosas y de su gobierno, fue utilizada como centro de una propuesta contra histórica, según la denomina Quattrocchi-Woisson.⁴⁰ J. M. de Rosas fue entonces entendido como el único reaseguro histórico de la defensa de la soberanía nacional,⁴¹ su gobierno era aprehendido como un modelo de realismo y sagacidad; como el artífice de un pragmatismo que no podían dejar de reconocer y admirar aquellos que en el siglo XX se consideraban adalides del realismo político. Rosas representaba, por lo tanto, la cara opuesta y más resuelta de la clase dirigente “extranjerizante” que los Irazusta combatían sistemáticamente. Como constructor de un destino nacional se lo reivindicaba como centro del devenir de la nacionalidad argentina y la mayor expresión de defensa de la soberanía y del patrimonio nacional.⁴² Entiendo que esa defensa del “nacionalismo” rosista era rescatada no sólo por las semejanzas del proyecto, sino especialmente porque encarnaba la experiencia histórica que ofrecía argumentos a su crítica a la clase dirigente y a la realidad existente en la Argentina de los años 1930s. Con el objetivo explícito de derrotar a una dirigencia mezquina, resucitaron una contra imagen, ese “diablo” que la oligarquía había tratado de excomulgar con el silencio y el olvido.

Si bien otros habían avanzado en esta relectura de la historia del rosismo, será Julio Irazusta (conjuntamente con su hermano) quien declare la necesidad de construir una nue-

³⁹ IRAZUSTA, Julio *La política, cienicienta del espíritu*, Dictio, Buenos Aires, 1977, p.120.

⁴⁰ QUATTROCCHI-WOISSON, Diana *Los males de...* cit., p. 128.

⁴¹ Así lo expresarían formalmente en la presentación del Instituto de Investigaciones Juan Manuel de Rosas, “Razón de Ser y Fundación del Instituto”, en *Boletín*, núm. 1, enero de 1939, Instituto de Investigaciones Juan Manuel de Rosas.

⁴² CLEMENTI, Hebe *Rosas en la Historia Nacional*, La Pléyade, Buenos Aires, 1970, p. 53.



va historia. Pero siempre será una historia muy vinculada, subordinada, a la política. Es más, la intención inicial de los Irazusta, cuando aún editaban *La Nueva República* era marcar un rumbo para que los historiadores profesionales estudiaran esa historia y ésta pudiera ser utilizada por los políticos: “Es natural que [...] nos limitemos, la mayoría de las veces, a plantear de manera racional el asunto dejando a los historiadores el trabajo de comprobar o refutar nuestros asertos.”⁴³ Sin embargo, el fracaso de su proyecto político y la existencia de una historiografía poco acorde a sus intereses los llevó a encarar personalmente la tarea de revisar la historia nacional.⁴⁴

El libro de los hermanos Irazusta sobre el imperialismo británico y la Argentina, fue seguido por un trabajo exclusivo de Julio Irazusta, *Ensayo sobre Rosas*, publicado en 1935, que exponía a Rosas como un organizador del más completo régimen, que había logrado captar a todos los sectores sociales, unificar el país y resultaba fiel intérprete de los sentimientos populares.⁴⁵ En el mismo libro sostenía que Rosas, a diferencia de otros dictadores como Cavour y Bismarck, había tenido que enfrentar un clima espiritual y de ideas adverso. Es decir, Irazusta entendía que el mismo espíritu del siglo (liberal, pero también nacionalista) que en Europa había generado la unificación de las grandes masas nacionales conjugable con un sistema geográfico había sido “disgregador” en Sudamérica. El liberalismo argentino no había sabido —o tal vez querido— imitar al liberalismo español del siglo XVIII que había sentado las “bases de una política nacional”.⁴⁶ Por el contrario, Rosas, quien había desarrollado un “poder discrecional pero no arbitrario”, había alcanzado una organización empírica “a la inglesa”, unificadora y generadora de grandeza. Un gobierno, siempre a criterio de Julio Irazusta, legítimo y generoso, ya que el poder no se había usufructuado para provecho del gobernante. Este reconocimiento de la grandeza serviría, por otro lado, para curar a la sociedad argentina del complejo de inferioridad que la afectaba.

Consideraciones finales

Como todos los mentores de un proyecto alternativo al vigente, los intelectuales argentinos de derecha pretendían construir “su historia”, enraizar sus propuestas y modelos en ciertos sucesos, momentos y figuras del pasado argentino. No se trataba de recuperar un aspecto inerte del pasado, sino de un recorte intencional, con sentido contemporáneo, “una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de defi-

⁴³ IRAZUSTA, Rodolfo “El homenaje a Rawson”, en *La Nueva República*, 08/09/1928, p. 2.

⁴⁴ Ernesto Palacio aparece como el crítico más explícito de los historiadores profesionales, en *La Historia Falsificada* se repiten frases irónicas hacia las figuras claves de esa tendencia como Levene, Dellepiane, entre otros.

⁴⁵ IRAZUSTA, Julio *Ensayo sobre Rosas en el Centenario de la suma del poder 1835-1935*, Tor, Buenos Aires, 1935, p. 57.

⁴⁶ IRAZUSTA, Julio *Ensayo sobre Rosas...*, cit., p. 106.

nición e identificación cultural y social.”⁴⁷ Una tradición inventada como medio de incorporación práctico muy poderoso, como una fuerza activamente configurativa. En definitiva, un pasado significativo, “un sentido de predispuesta continuidad”. Así, la producción historiográfica de estos intelectuales mostraba abiertamente su carácter político y sus objetivos militantes. Pero, también resultaba evidente que, en más de un sentido, se estaban convirtiendo en organizadores del debate político e intelectual de la Argentina, colocándose en el escenario político a través de la oposición: Rosas como la figura clave de la historia nacional, en tanto que algunos próceres del liberalismo, señaladamente Sarmiento, eran presentados como artífices del fracaso. Rosas asumía paulatinamente la forma de una abstracción, de un modelo ideal, compendio de virtudes, talento y pragmatismo político. En este sentido, el revisionismo incipiente mostraba una notable capacidad de expresar los cambios, desilusiones y reclamos de la opinión pública argentina.⁴⁸ Los Irazusta construyeron en victoria intelectual un pensamiento que en verdad no era tan innovador como se ha supuesto y como ellos mismos pretendieron significar. Pero los logros políticos siempre les fueron esquivos, historiadores a la fuerza, no pudieron ser los políticos que su vocación pedía.

Tandil, febrero de 2004

⁴⁷ WILLIAMS, Raymond *Marxismo y Literatura*, Península, Barcelona, 1980, p. 137.

⁴⁸ HALPERIN DONGHI, Tulio “El revisionismo histórico...”, cit., p. 107.